

EL MUEBLE: TESTIGO Y OBJETO DE LA HISTORIA DEL ARTE

Juan José Junquera y Mato
Catedrático jubilado de Historia del Arte U.C.M

*Conticuere omnes intentique ora tenebant.
Inde toro alto pater Aeneas sic orsus ab alto...*

Con estos versos que los que nos vamos haciendo viejos aprendimos en el colegio, iniciaba Virgilio el canto segundo de la *Eneida*. En ellos el mítico padre de la latinidad, Eneas, se dirigía a los fieles troyanos que le habían seguido a su aventurero exilio y lo hacía desde un alto lecho. El héroe antiguo que se iba a transformar en el padre de Roma nos habla ya a todos nosotros, a sus sucesores, no en pie como lo hacían los guerreros de la vieja Asia, sino reclinado. Una sutil diferencia pero que no debemos soslayar en este mundo de la globalización, del relativismo, de la multiculturalidad.

Ya desde sus orígenes la llamada civilización occidental aparece relacionada con el mueble. Hamurabi recibió el código de Shamash en pie; el escriba egipcio seguía el dictado sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Sólo los dioses o los reyes tenían derecho al asiento, al mueble; los héroes - como Eneas - se tenían que contentar con el duro suelo, con una piedra. En cambio, en el mundo helénico, desde épocas muy remotas, aparecen los asientos. Hoy volvemos a recrear el *klismós* como lo vemos en las estelas áticas, al igual que se hizo en el neoclasicismo, como lo repetiría Salomón Reinach para su villa Kerylos...

Si repasamos la historia europea nos encontraremos alusiones constantes al mueble en la literatura y en la plástica que enlazan el pasado antañón con nuestros días. Están los símbolos del poder, de la sabiduría, de la majestad. Desde las sillas curules al trono de una Virgen, de un monarca, pasando por la cátedra, podríamos ir desgranando ejemplos que reflejan una sociedad organizada, regida por el Derecho que podía poner coto a los desmanes de los poderosos. Roma, las épocas oscuras, el inicio de la Edad Media, las podemos evocar, también, por los muebles que usaron de los que la palabra, la escritura y la representación nos han dejado cumplido testimonio. La miniatura de los siglos IX-X, la pintura medieval y la posterior hasta hoy mismo nos testimonian la creación, uso y evolución de los distintos tipos de muebles, sin fractura en el tiempo. Pocas culturas pueden enorgullecerse de lo mismo.

El mueble se convierte así en actor – secundario, si lo queremos- pero actuante al fin y al cabo de tres mil años de historia. Un testigo pero también un objeto de esa historia, de los diferentes choques culturales producidos, de los descubrimientos de otras tierras y otra gentes...Un testigo pero también un objeto de esa historia, con su conocimiento y estudio podemos explicarnos la evolución de las sociedades occidentales, sus usos, sus costumbres, su comercio, su economía; pero, a su vez, al convertirse en un objeto susceptible de recibir el hálito artístico, en sujeto de la Historia del Arte.

La arqueología nos ha ido descubriendo el mobiliario del Mundo Antiguo, desde el caso excepcional de Egipto a Roma, con el intermedio del mundo heleno y la Historia del Arte el de épocas posteriores, poniendo el acento en la Época Moderna.

Alberti dará indicaciones sutiles para que el mueble, en consonancia con la morada, refleje el carácter y la calidad de su dueño. Juan Luis Vives le dedicará varios de sus diálogos, ilustración fehaciente de las ideas albertianas. Es el momento en el cual el mueble es un objeto escultórico, sus tallas reproducen lo que vemos en la decoración arquitectónica y aparece, también la *tarsia* que hace de las superficies del mueble verdadera pintura en madera.

El siglo XVII con el desarrollo y codificación que hace Luis XIV de la vida cortesana, convierte al mueble e uno de los elementos fundamentales del entorno monárquico y son sus pintores como Lebrun quienes fijen modas y líneas y, a través de los Gobelinos, las difundan por Europa.

Nuevos aires vendrán con el siglo XVIII, cuando unas costumbres más amables van a hacer del mueble objeto especial de atención. Los *ornamentistas* se encargan de dar los diseños que, una pléthora de artesanos – carpinteros, ebenistas, bronceistas...- convierten en realidad para llegar al fin de siglo en el que los arquitectos logran ese ideal tan perseguido de la *integración de las artes*. Nada escapa a su lápiz; de él salen arquitectura y decoración; se ocupa de los más nimios detalles, desde los suelos hasta el techo. Alfombras, pinturas, muebles, estucos, lámparas... van saliendo de su mesa.

Y llega el siglo XIX, el siglo del ferrocarril, del comercio, de las Exposiciones Universales...y del maquinismo, del mueble en serie. La Great Exhibition en el palacio de cristal de Londres que construye Joseph Paxton es el canto del cisne del mueble como objeto de Arte. Le sucede el mueble de serie que responde a las necesidades de la nueva sociedad burguesa que empieza a enfrentarse al socialismo. Un proceso que ha continuado a lo largo del siglo XX en el que exposiciones como la parisina de Les Arts Décoratifs han tratado de reconciliar al mueble- no lo olvidemos, de serie – con el Arte: surge el *diseño*, que quiere redimir al

mobiliario de ser una simple copia del pasado encontrando formas nuevas que se originen en las nuevas necesidades sin dejar de ser una forma de arte. Un objeto artístico que, como en el pasado, pueda ser disfrutado en el hogar.

Y en este siglo que comienza, en el que tantas cosas se consideran *arte*...¿cuál va a ser el lugar, el papel del mueble?

Se nos hace difícil imaginar un piso de Pedralbes con diseños imposibles de Mariscal o uno de Sanchinarro con muebles de Ikea, cohabitando con una *instalación* de botes de cristal con excrementos... Pero, como dijo el ciego; ya veremos!.

Imagen 1



Consola en madera tallada, pintada y dorada, realizada por Pablo Palencia hacia 1800 según dibujo de Jean Démosthène Dugourc.